

to, y obscurecer en sí la Imagen de Dios, parecerà bien en un Christiano? Alabar magnificamente à San Francisco, y oponerse con todo empeño à todo aquello, que motiva sus alabanzas, no es un delirio sobradamente criminal? Admirar en San Francisco la Imagen de Christo, y aborrecerla en sí, no es un delito, à quien con el mas odioso nombre, se le hace merced? Señores, formad una estima igual à la nobleza de la Imagen de Dios, que forma dentro de vosotros la divina gracia. Usad todas vuestras industrias, y conatos, para conservar siempre esta divina Imagen. Imitad con todos los esfuerzos al famoso Heroe de mi Panegirico. Si os le proponeis como idèa para la imitacion, yo os le prometo como Patron poderosísimo.



## SERMON

DE S. PEDRO DE ALCANTARA.

*NOLITE TIMERE PUSILLUS*

*grex, quia complacuit, &c. LUC. 12. V. 32.*



Uien quiera saber quanta razon tuvo Salomon para decir, que el hijo prudente es la alegria de su padre: (1) mire à David, à quien hace dulces todas las amarguras de la muerte, considerar solo, que deja en su hijo Salomon, un successor, no menos de su piedad, y Religion, que de su

(1) *Filius sapiens letificat Patrem. Prover. cap. 10. v. 1.*

su Corona. Repare en Mathatias, que deja con gusto la empresa de los intereses del Templo, y de la Religion, porque la deja encomendada à sus hijos, de cuyo valor, y zelo se promete los adelantamientos mas dichosos. Buelva los ojos à Jacob, y le verà poner un termino feliz à su vida con gran serenidad, porque descarga todos los cuidados de su numerosa familia sobre la persona de Joseph, en quien nada ha tenido que reprender. Aora pues, si tanto gozo trae à un padre un solo hijo criado en temor, y Religion: qual creereis vosotros serà el gozo de aquel Francisco de Assis, moderno Jacob, cuya numerosa descendencia, repartida en otras tantas Tribus como Familias de su Instituto, llegan hoy à cubrir toda la tierra? Gloríase el Apostol de que los de Corintho son hijos de su fecundidad, alegando, que èl los engendrò, por haverles dado nueva vida, solo con inspirarles el Evangelio. (1) Francisco, nuestro gran Padre, no sè si diga tiene mas razon para gloriarse que el Apostol, pues èl reconoce hijos suyos una multitud tan numerosa, quizà como la de Pablo, engendrados por la comunicacion de su espiritu, y de aquella Regla, que es un compendio de los consejos del Evangelio. Bastaria à San Francisco, para obtener una gloria no vulgar, reconocerse hijos suyos los muy RR. PP. Vocales de nuestro Capitulo, capàz cada uno de succeder en el supremo gobierno por su merito, de presidir en el Parnaso por su sabiduria, y de sentarse con honra sobre el Solio augusto de Salomon, desempeñando sus funciones con tanto acierto, que no se echasse menos la prudencia maravillosa de aquel Monarca. Pero sobre esta gloria de Francisco, èl la tiene mayor cada vez que se oye llamar Padre de un Antonio de Padua, de un Buenaventura, de un Bernardino, de un Capistrano, de un Pasqual, y de otros muchos, que por la multitud se confunden. No ob-

S 3

tan

(1) *In Christo Jesu per Evangelium ego vos genui. 1. ad Corinth. c. 4. v. 15.*



tante no sè si diga ser el sugeto de nuestra solemnidad, el parto mas dichoso de la fecundidad de San Francisco; pues siendo cierto, como nos dejó escrito el Eclesiastico, que en los hijos se conoce la condicion de los Padres; (1) dificultosamente se hallará otro en quien tan à lo natural se vea delineada la persona del Serafico Patriarca San Francisco, como en aquel gran Pedro de Alcantara, tan conocido en la Iglesia por su contemplacion, y penitencia, que sirviendo-se destas virtudes, como de dos alas, se remontò tan alto, que no hay mortal vista que le pueda dar alcance. Con solo dar una mirada al Evangelio, queda qualquiera persuadido à que en San Pedro de Alcantara se reconoce quanto tuvo de admirable à los ojos del mismo Cielo el Serafico Padre San Francisco. Considerese el caracter de San Francisco en su humildad, pues vease, que la Iglesia hablando con nuestro Pedro, le intitula humilde, segun entiende Beda este lugar: (2) *Puillus grex ob humilitatem*. Aora se considere por divisa de San Francisco su pobreza, y desprendimiento de las cosas terrenas; Pedro exhortado à la desapropiacion de toda substancia, (3) se despossee de quanto estima la ilusion de los mundanos, cuyos fondos, si son vestidos como los considerò San Gregorio, (4) queda desnudo para entrar en batalla con el Demonio, con la confianza, que la suerte decisiva será la possession de una corona, que al celestial Padre plugo de prometerle. (5) A este Santo, pues, hecho Heroe, no solo por el ardor con que emprendió, sino mucho mas por la felicidad con que consiguió hacer revivir el espiritu de San Francisco en la mas pura practica de su Regla, es à quien se quiere obligar, para merecer por su intercession la asistencia del Espiritu Santo en este Congresso

Ge-

(1) Ecclef. cap. 11. v. 10. (2) V. Beda lib. 4. sup. Luc. cap. & vers. ut supra in them. (3) Luc. cap. 12. v. 32. (4) S. Greg. Hom. 32. in Evang. *Quid enim sunt terrena omnia, nisi quedam corporis indumenta.* (5) Luc. cap. 12. v. 32. *Dare vobis regnum.*

General, donde nada menos se trata que destinarle à San Francisco un Successor. Si nuestra Religion fue presentada en aquella Estatua, que fue mostrada al Serafico Patriarca, se deja entender, que la cabeza que se le va à preparar, ha de ser de oro purissimo como aquella, (1) ò como la de la Estatua de Nabuco, (2) quiero decir, de oro, por la estimacion, y precio de su merito, pues debe ser ella, à quien pertenezca comunicar la vida à los miembros deste gran cuerpo de la Religion, ordenarlos, y promover en ellos los movimientos mas inocentes. Y como para esto nada conduzca la exterior apariencia de la persona, sino sus costumbres, y su prudencia, no debe ser hecha la eleccion del Superior por atencion al vestido, como Isaias dijo en tono de queja, quando anunció vendria tiempo, en que para constituir à alguno Superior, y Principe, de nada mas se le examinaria que del vestido: *Vestimentum tibi est, Princeps esto noster.* (3) Para la eleccion, pues, del Superior se ha de consultar solamente el merito, la justicia, y el comun provecho de la Religion: de manera, que las señas para conocer al mas digno Successor en el supremo gobierno, son la pureza de la vida, la inocencia de las costumbres, el trato inculpable entre sus hermanos, la participacion con ellos de las austeridades del estado. Esto era lo que à Primislao elevò tanto entre los suyos. Quando le vieron comer sobre una mesa de hierro manjares rusticos como todos los otros, entonces fue llamado para reynar en Boemia. (4) Yo sè, haver en muchas de las elecciones del mundo una especie de hombres, que enamorados de si mismos, y concibiendo altamente de su merito, se atribuyen todo lo bueno que ven en los otros; se consideran con derecho à qualquiera honra; estudian encontrar defetos de que acusar à todos aquellos,

S 4

llos,

(1) Chron. Cornej. p. 1. lib. 3. cap. 13. (2) Dan. 2. v. 32. (3) Isai. cap. 3. *Vestimentum tibi est, Princeps esto noster.* (4) Fulgos. lib. 3. cap. 4.



llos, que pueden servirles de embarazo en sus pretensiones. Revestidos deste espíritu de amor propio, son luego comprendidos del sutil ayre de la ambicion, la qual les fugiere con toda su fuerza, que ellos son los fuegetos mas benemeritos de los concurrentes; y assi, que haciendo justicia à su merito, deben conspirar en ellos todos los Electores. Seria temeridad pensar, que en una Religion, cuya profesion inspira sentimientos de humildad, y de abatimiento, haya hombres de pensamientos semejantes; y si los huviesse, que tengan arte bastante para dissimular estos afectos à la penetracion de tantos prudentes. El Serafico Patriarca San Francisco, que desde el Cielo vela amorosamente sobre esta su escogida Familia, inspire à los M. RR. PP. Vocales; y San Pedro de Alcantara, cuya asistencia se va à interesarse en esta solemnidad, interponga con el Padre de las luces su valimiento, para que las derrame sin limite sobre el espíritu destes Padres. A mi toca representar las virtudes deste Heroe. Ellas son de una extension tan basta, y de una tan alta estimacion, que todas las acciones de su vida, en las quales à cada virtud da un esplendor, digno de que admirados le consideren los mismos Angeles, me hace pensar, que Dios, criando à nuestro Santo, tuvo el destino de hacer ver al mundo, para confusion vergonzosa de los mortales, quanto puede obrar un hombre compuesto de carne como nosotros, pero animado de la divina gracia. La Virgen Purissima, que tanto contribuyò à la virtudes, y verdadera grandeza de nuestro Santo, no podrá menos de alcanzarme la mucha gracia, que necesito, si vosotros, y yo la obligamos, saludandola con la misma atencion, afecto, y ternura con que la saludò el Angel quando le dijo: AVE MARIA.

*Nolite timere pusillus grex, quia, &c.* LUC. 12. v. 32.

Por las complacencias, que han tenido los padres con sus hijos, y la ternura con que los han amado, se puede hacer un juicio prudente de las felicidades, que en su idea tenian concebidas de su fecundidad. Tolomeo amò tan estrechamente à su hijo, que le cediò en vida la Corona, teniendo por mas honroso ser Padre de un Rey, que ser Rey en toda propiedad. (1) Themistocles hacia ternisimas caricias à su hijo destinado al Trono de la Grecia. (2) Demetrio, Rey del Asia, y de los Medos, eligiò ser esclavo de Seleuco, primero que consentir en excluir de la sucesion al Reyno à Antigono su hijo. (3) Semejantes expresiones de amor han nacido siempre, ò del buen trato que se prometian de sus hijos, ò porque creyeron, que sucediendo en las costumbres los hijos à los padres, hacian mas allà de la muerte durable su gloria, y esplendor. Y à la verdad, assi lo leemos en las historias humanas, de Recevinto, de Honorio, de Theodomiro, y de Leon, en quienes fueron vistas resucitar las bellas calidades de sus padres. (4) Toda la antiguedad ha apoyado siempre aquella sentencia de Euripides, en que establece la bienaventuranza de los padres, en la buena disciplina de los hijos; (5) tanto, que creyò un Filosofo darle à Filipo Rey de Macedonia el mayor elogio, que podia con solo llamarle padre de Alejandro: *Sufficiat tibi filium habuisse Alexandrum.* (6) Juzgò el ingenioso Orador, que todas las otras glorias debian ceder à esta de ser padre de Alejandro, ò que esta sola suponía à Filipo un hombre digno del aplauso, y de la admiracion de todos los hombres. Y con razon, pues quando el Eclesiastico assegu-

(1) Fulgos. lib. 5. cap. 7. (2) Fulgos. ut supr. (3) Plutarch. in Apoph. (4) M. Flor. Clav. Hist. fig. 4. 7. (5) Eurip. in Orest. *Beatus, qui beatus est in liberis.* (6) Sabel. de Philipp. Reg. Maced.



ra ser los hijos imagenes muy parecidas à los padres, (1) no solo debe ser entendido en lo físico, como lo entendian los Pueblos de Libia, (2) sino tambien en lo moral, pues nada mas frequentemente se ve, que copiar en sí los hijos los vicios, ò las virtudes de sus padres. Veis aqui vosotros, Señores, que la grandeza del animo de Alejandro fue la que enteramente contribuyò allà à la gloria de Filipo; aqui vereis por el contrario, como San Francisco de Assis, mi gran Padre, es quien forma todo el elogio merecido de nuestro San Pedro de Alcantara. Y como? Representando à San Pedro de Alcantara, digno hijo de San Francisco, pues con esto solo queda convencido, se trasladaron à èl las mismas impresiones, y afectos de que estuvo penetrado el corazon de su Padre. Haciendo justicia al merito de nuestro Santo, aplicarè yo mi debil talento para mirar con buena luz la pintura, que hace el Evangelio, describiendole como habeis visto con los mismos coloridos con que se representa S. Francisco. A vosotros tocarà juzgar, si es efeto de un amor entrañable, ò de un conocimiento bien fundado, reconocer yo en San Pedro de Alcantara, como caracter suyo, ser èl: *El heredero del espiritu de San Francisco*. Nunca creerè haver hecho cosa tan grata à vosotros, tan magnifica à nuestro Santo, y tan gloriosa para San Francisco, como quando llegue à establecer por verdad solida, que el espiritu grande de San Francisco de Assis, descansò en San Pedro de Alcantara, como en su heredero.

## §. I.

**T**An alto destino como de Successor del espiritu de San Francisco de Assis, no podian menos de anunciarlo algunas señales. A un dia tan claro como el de la vida de  
San

(1) Eccl. cap. 11. v. 30. (2) Polib. lib. 1. cap. 1.

San Pedro de Alcantara, debia prevenirle una Aurora bella. Tales fueron los primeros años de nuestro Santo. En ellos fue visto animado de un espiritu superior à todas las edades, que le hizo consagrar aquella primera à la contemplacion, y à la penitencia. Quatro años tenia aun no bien cumplidos, y ya se dejaba advertir en sus movimientos la compostura, en su semblante la honestidad, en sus consejos la madurez, en sus ocupaciones la Religion, en su comercio la caridad, y en todo èl, la uncion del Espiritu Santo de que se hallaba prevenido. En edad tan tierna como de cinco à siete años, le admitia ya el Señor à su trato, à su osculo afectuoso, à sus tiernas caricias, à sus dulces abrazos. Le sublimaba al grado de una union perfecta, le daba parte en sus secretos, le absorvia en el pielago de las divinas luces, le inundaba con las avenidas de todas las gracias, y hacia muchas veces, que oyese su voz, no como el niño Samuel en un sueño profundo, sino en excessos frequentes de su mente. (1) *Qué mas? O Santissimos Moysès, Elias, y Eliseo, tan acostumbrados à gustar aqui en la tierra las delicias del Paraíso! inclinad vuestra cabeza desde el lugar de vuestro reposo, para dar una ojeada, y contemplar un espectáculo digno del asombro, y admiracion de todos los siglos. Sè quan sensibles pruebas recibisteis sobre el Carmelo, y el Sinay, de la condescendencia amorosa de nuestro Dios, y no obstante me lifongeo convidaros à una novedad, que tendrà aborta, y arrebatada vuestra atencion. Merecisteis beber el neectar de la ilustracion divina, y comer el pan suavissimo de las comunicaciones del Cielo, unidos à la soberana Magestad con el estrecho lazo de un amor dichoso. Mas quando fue esto? Havreis de confessar, que quando fuisteis admitidos al familiar trato con el Señor, contabais ya con muchas pruebas à que havia sido puesta  
vues-*

(1) 1. Reg. cap. 3. v. 4.



vuestra fe , con persecuciones fangrientas toleradas con alegria , con trabajos infinitos padecidos en defensa de la Religion ; y quizá mas de una vez huvo de velar sobre vosotros la Providencia , para que no cayesséis en las manos de los que trabajaban sacrificaros à su odio. A vosotros, pues , que con tantas experiencias habeis aprendido quanto cuesta merecer las atenciones de Dios , es à quienes yo ruego deis la estimacion que se merece este espectáculo admirable. Ves aqui un niño de siete años comparable ya con vosotros en las mercedes con que le honra el Señor. Mirad esta amable criatura en la concavidad de una pared del Templo. Allí le va à buscar el Espiritu de Dios. Allí le halla. Allí le ilustra el entendimiento con saludables conocimientos. Allí le inflama la voluntad con ardentísimos deseos. Allí le acaricia , allí le regala , allí le transporta ; y haciendole insensible à los afectos de hombre terreno , le obliga à abandonar se por presá del amor divino , y à ceder à la suave fuerza que le arrebatá en el ayre , y le mantiene muchas horas levantado de la tierra. Tan nueva maravilla à vosotros toca , Santísimos Profetas , admirarla , y darle el aprecio de que es digna ; y à nosotros pertenece confundirnos à vista de un niño , con quien despues de tantos años de Religion , no podemos tener la dicha de compararnos. Y os parece à vosotros , Señores , que de un niño tan admirable no se podian prometer las mayores ventajas , y hacer felices vaticinios , sin temor de que faltasse la experiencia à calificarlos? Lo cierto es , que Salomon no pudo engañarse quando dijo , que de las ocupaciones de los niños , se arguyen sus progressos en la mayor edad. (1) Y siendo esto cierto , como lo es , se deja conocer quan altos serian despues los vuelos desta Palomita , que en el nido mismo de la infancia se elevaba ya sobre la tierra. Si tan hermosas claridades

(1) Prov. cap. 20. v. 11.

des difundia de si el Sol de nuestro Santo en su oriente , quantos ardores no derramaria en el medio dia? Si tantas gracias del Cielo eran no mas que unas gotas del saludable rocío , quales serian las lluvias , que dichosamente le inundaria despues? Pero dejadò esto à parte , lo que es innegable , que la Providencia Divina tenia destinos soberanos sobre este Niño , y no faltò con èl à la costumbre de prevenir con bendiciones de dulzura à aquellos , que determina à los empleos de honor , y de confianza. Assi se portò el Señor con Josuè , destinado à succeder à Moysès en el gobierno , y autoridad sobre la Nacion Santa. (1) Desta manera tratò à Samuel , elegido para continuar en el Pueblo las grandes empresas de los Jueces , y Salvadores. (2) No de otra suerte tratò al Bautista , embiado al mundo para prevenir los caminos al Redentor. (3) Acomodandose , pues , el Señor à esta practica tan frequente , y tan antigua , previno à nuestro Santo desde su niñez con soberanos carismas , para ser heredero digno del espiritu de San Francisco , y sobre quien el Serafico Patriarca pudiesse confiadamente descargar todos los intereses , y adelantamientos de su numerosa Familia.

## §. II.

**Y** Como la Religion Serafica era el taller donde debia formarse este hombre para la empresa grande , à que sin saberlo èl , le tenia destinado la Providencia , tomò el Abito en ella , è hizo solemne Profesion. Aqui se dedicò al estudio , y practica de las virtudes , principalmente de las propias del Instituto , con una aplicacion tan desvelada , que luego dejò de ser egemplo à sus hermanos , para ser la admiracion , el assombro , el pasmo. A la verdad entre tan generosas Aguilas no havia quien tuviesse animo , que digo pa-

ra

(1) Num. cap. 27. v. 18. (2) 1. Reg. cap. 3. v. 4. (3) Luc. cap. 1. v. 17.



ra excederle en sus vuelos? pero ni seguirlos. En breve le admiraban ya todos, Apostol en el Pulpito; Profeta en los sucesos venideros; en los mas oscuros lugares de la Escritura, Interprete iluminado; en los consejos, Oraculo; en la direccion, y discrecion de los espiritus Maestro; en la intrepidez, y valentia de corazon, un Moyses; en la autoridad sobre las nubes, y lluvias, un Elias; en la tolerancia en los oprobios, un Micheas; en las conversiones de pecadores, un Nathàn; en el trato familiar con el Señor, un Eliseo; en las lagrimas por los pecados del Pueblo, un Jeremias: en una palabra, èl era de todas las virtudes modelo, y de todas las gracias del Cielo fiel deposito. Por la profesion que hizo de la Serafica Regla se consideraba obligado à beberle el espiritu à San Francisco, y copiar en si las virtudes todas de su Santo Padre. Tenia presente aquella reprehension, que diò Jesu-Christo à los perfidos Hebreos, los quales gloriandose de traer su descendencia de Abraham, desmentian con sus obras el bello titulo de hijos suyos; (1) y por esto es, que hizo empeño nuestro Santo de hacer ver en sus proceder, que no desmerecia aquel titulo, de que tanto se lisongeaba, de ser hijo de San Francisco. Mirò el Instituto Serafico con una adhesion tan constante, que jamàs se le viò blandear en aquellos rigores, que conducen à su mas pura observancia. Addicto à las saludables maximas de su Santo Padre, se miraba siempre inseparablemente unido à èl, por la practica de las mismas costumbres, y por la impresion de los mismos afectos. El zelo de la salvacion de las almas, en que tanto se abrasò el corazon de S. Francisco, y que propuso à los seguidores de su Instituto como obgeto de sus atenciones, (2) le hizo propio San Pedro de Alcantara, y diò dello una incontrastable prueba en una

(1) Joan. cap. 8. v. 40. *Si filii Abrahamæ estis, opera Abrahamæ facite.*

(2) Eccl. in Off. S. Franc. *Non sibi soli vivere, sed aliis proficere vult Dei zelo ductus.*

Poblacion de la Comarca de Xerèz, donde dissolviò la sacrilega alianza de una muger con el Demonio, quien muchos años tenia con ella el mas inmundo comercio. Disparòle à su corazon saetas tan penetrantes, hablòle palabras tan inflamadas, hizole promessas tan ciertas de la divina misericordia, y usò con ella de tan ingeniosas invectivas, que cediendo su obstinacion à la eficacia de nuestro Santo, labò las obscuras manchas de sus pecados con el agua santa de la compuncion. Portòse San Pedro de Alcantara en este lance como Alcon Cretense, quien disparò su saeta con tanta felicidad, que sin tocar levemente à su querido hijo, despedazò una serpiente que le rodeaba su cuerpo: (1) ò como aquel Cortesano, el qual quitando la vida à una espantosa fiera, librò de la muerte al Emperador Basilio: ò sino decimos, que San Pedro de Alcantara, Pastor encargado de las ovejas de Christo, fue como David valiente, que sufocando al infernal Leon, le sacò de la boca la presa, que iba ya à tragarse. (2) Este zelo de las Almas en que se abrasaba, le obligaba, no solo à convertir los pecadores, sino tambien à santificar los Justos. Fiel imitador de su Serafico Padre, se dedicò à cultivar los prados donde florecian los Lirios, y à trabajar en los jardines, que eran ya las delicias del Señor. Si Señores, que si San Francisco tuvo escuela de perfeccion, y bajo su disciplina se instituyò Santa Clara en la practica de las virtudes mas sublimes; San Pedro de Alcantara fue el consultor en sus dudas, y el norte en sus oscuros caminos de la Sibila Española Santa Teresa de Jesus, la qual, como otra Escolastica de Benito, Paula de Geronimo, ò Listenia de su sagrado Platon, aprendiò de Alcantara los dogmas de la mas religiosa, y moral Filosofia. Entre las maximas, que de Francisco recibì su fiel Dicipula Clara, fue una, desapropiarle de todos los temporales in-

(1) Valer. Flac. lib. 1. (2) 1. Reg. cap. 17.



ntereses, queriendo, que este despego fuesse precepto para sus hijas, à las quales quiso dejar tan solamente apoyadas en las manos de la Divina Providencia. Esta misma maxima de pobreza inspirò San Pedro de Alcantara à su hija de espiritu Santa Teresa de Jesus. (1) Persuadiala à vaciar el corazon de todo amor à las possessions terrenas, para que le llenasse el fumo aprecio de la virtudes. Le instilaba en su animo un deseo ardiente de aligerarse del peso gravoso de las riquezas, ò para correr mas libre por el camino del Cielo, ò para poder mas expedita echarse à nado en el mar fin suelo del Divino Amor. Mas de què podia hablar nuestro Santo, fino de aquello de que estaba lleno! La santa pobreza le informò desde el principio, la santa pobreza le confirmò en el medio de su vida, la santa pobreza le consumò en su muerte. Nació desnudo como todos, vivió desnudo como pocos, y murió desnudo como su Serafico Padre San Francisco. El fue aquel Varon cuya virtud canoniza el Eclesiastico quando dice, que nunca fue en seguimiento del oro, ni puso su esperanza en los tesoros del mundo. (2) Esta pobreza en el grado heroico en que la representamos, era à quien nuestro Santo hacia sus consultas, y à cuyos dictámenes arreglaba sus proyectos. Ella la aduana de su alma, donde entrando à registro todos los generos, solo passaban libres los despreciables. Ella la tesoreria dichosa, que guardaba en deposito las riquezas inestimables de sus virtudes. Ella la margarita preciosa, à cuya possession cedió todos los haveres de la tierra. Y ella finalmente la Esposa Virgen, que obligada de la fidelidad à sus leyes, coronò de gozo todos los dias de su vida. Ni Aristides, que consideraba su mayor gozo en la pobreza, y se tenia con ella por mas feliz, que Callio Atheniense con su abundancia.

(1) Chronic. de Alcal. fol. 424. n. 965. (2) Eccl. cap. 31. *Beatus vir, qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunie thesauris.*

dancia; (1) ni Epaminondas, que protestò no haver tenido jamás mayor placer, que quando se viò morir mendigo: (2) pudieron comparar su contentamiento con el que recibia nuestro Santo cada vez que se miraba en la suma penuria à que le reducía el voluntario desprendimiento de todos los intereses de la tierra.

## §. III.

**A** Ora, pues, si esta pobreza es la fecunda madre de todas las virtudes, como la intitulò San Ambrosio, (3) parece que ya no tenia mas à que aspirar nuestro Santo, y aun podia gloriarse tener con esta pobreza, la semilla de todas las virtudes, el estímulo para todas las empresas, y la exterminadora de todos los defetos. (4) Pero como el orden de la Divina Providencia, era, que San Pedro de Alcantara, como su Serafico Padre San Francisco, fuesse hermosa vid, fecunda con tantos racimos como seguidores fervorosos de su instituto; dispuso, que los inútiles, y silvestres sarmientos de los bienes terrenos, los cortasse el hiebro agudo de la penitencia. Mas què penitencia? Què penitencia? Yo tengo para mi, que èl sujetò su cuerpo à mayores rigores, que aquellos à que la fiereza de Domiciano, Mecencio, Phalaris, ò Neron pudieran destinar à un hombre, à quien no quisiessen acabar con muerte breve. Sus penitencias por tan espantosas, y crueles bastarian para coronar à muchos Martires, si tuviessen la precisa condicion de haver sido impuestas por los Tiranos, en odio de las virtudes, ò de la Religion. Porque quien duda, oyentes, que pudiera naturalmente haver muerto nuestro Santo, ò oprimido

Tom. II.

T

do

(1) Sabel. lib. 8. (2) Sabel. lib. 8. (3) S. Ambr. lib. 5. in Luc. *Ordine enim prima, & parens, generatioque virtutum.* (4) Opuſc. S. Francisci, lib. 3. col. 5. S. Laurent. Just. de laud. paup. cap. 3. *Efficax exterminium iniquitatis. Paupertatem, scitote fratres, specialem viam esse salutis, tanquam humilitatis fundamentum, perfectionisque radicem.* Opuſc. ubi supr.



do de las cadenas con que aprisionaba su cuerpo, ò extenuado del ayuno tan prolijo como su vida, ò consumido de los horrores de la carcel estrecha de su Celda, y así ser Martir, como lo fue à esta costa la esclarecida Virgen Leocadia? Las contusiones violentas de sus carnes, causadas de los hierros, pudieran muy bien acabar muchas veces con su vida, y coronarle con laureolas semejantes à las de Trifon, y Respicio, merçadas à este precio. Si por alguna de tantas puertas como llagas abrieron en su cuerpo los azotes, huviera tenido la dicha de salir su feliz Alma, pudiera ser Martir con lo mismo con que lo fueron Severo, y Severiano. Y ya que tan duros tormentos le perdonassen, no quedaban aquellos estanques elados donde fue visto romper los yelos para sumergirse en lo profundo? Si aqui exhalàra el ultimo aliento de su vida, no era preciso añadir una corona à aquellas quarenta, destinadas para ceñir esplendidamente las sienas de los quarenta Martires illustres, condenados por Licino à morir en una laguna elada? Y no obstante de ser tan espantosas sus penitencias, yo no me maravillo tanto de que huviesse valor en nuestro Santo para emprenderlas, quanto de que con animo constante, y con tolerancia invicta las practicàra sin aflojar un punto por el espacio de quarenta y siete años continuos. (1) Esto es lo que à mi me llena de un sagrado horror, y à su vista reputo por menos digno de admiracion el sufrimiento, aun de aquellos Martires mas señalados en la Iglesia. Sabemos, que à la naturaleza le es tan sensible el dolor, como su duracion, y quizà la oprime aun mas la prolongacion del dolor, que el dolor mismo. Y por esto es, que habiendo sido puesta à prueba la fe de algunos Christianos en la primitiva Iglesia, salió vencedora de durísimos tormentos, y quedò vencida de otros mas ligeros, pero mas durables. Esto supuesto, re-

(1) Chronic. de Alc. n. 950.

presentadme à un Isaiàs aserrado por medio de su cuerpo; à un Policarpo consumido de las llamas; à un Ignacio hecho menudos trozos de los Leones; à un Andronico con clavos hechos asquas por entre las uñas, y la carne; à un Erina desquartizado de los Cavallos; à un Basso desgarrado de arriba à bajo con los garfios; à un Casiano despedazado à la violencia de agudas plumas por una cuadrilla de muchachos. Pensais con esto haver propuesto unos obgetos capaces de obscurecerme la memoria, ò suspenderme la admiracion de la penitencia assombrosa de nuestro Alcantara? Os engañais. Yo insisto, en que no son todos estos espectaculos mas dignos de nuestra ternura, ò de nuestra alabanza, que las asperezas, y rigores de nuestro Pedro. Fueron todos ellos dolores agudos, tormentos crueles, heridas profundas, roturas violentas, destrozos sangrientos; pero fueron breves, fueron pasajeros. Egercitaron la paciencia del Martir pocas horas, ò quando mucho algunos dias. Y si algunos sufrieron constantemente algun tiempo considerable, se celebra como prodigio, en un Gregorio de Armenia, que por catorce años experimentò quanto supo idear la tirania; y en un Clemente de Ancira, que veinte y ocho años fue el blanco à donde dirigió sus factas el mas barbaro odio. A estos tormentos de los Martires aludia el Apostol; sino es que expressamente hablaba dellos en su segunda Epistola à los de Corinto, llamandolos momentaneos, y leves; y quizà leves, porque momentaneos. (1) Aora, pues, juzgad, si deban mas bien llenarnos de admiracion, ò mas propriamente cubrirnos de confusion vergonzosa (considerada nuestra tibieza) los dolores de San Pedro de Alcantara, que los de los Martires, pues no siendo inferiores à los de éstos en la sensibilidad à la naturaleza, les llevan conocidas ventajas en la duracion. O Angeles del Cielo! Ministros pron-

T 2

tos

(1) 2. Cor. cap. 4. v. 17.